

PEDRAZA GRACIA, Manuel José, *Documentos para el estudio de la historia del libro en Zaragoza entre 1501 y 1521*, Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, 1993, 406 páginas.

José Ángel SÁNCHEZ IBÁÑEZ

Dirigida por Ángel San Vicente, la copiosa tesis doctoral de Manuel José Pedraza Gracia sentó las bases para una serie de tres libros que han desbrozado de modo casi definitivo la parcela que a Zaragoza le correspondió, durante los primeros decenios de la imprenta hispana, en el vasto y plural dominio de la historia del libro. Al excelente trabajo documental que hoy reseñamos le siguieron *La producción y distribución del libro en Zaragoza. 1501-1521* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1997) y *Lectores y lecturas en Zaragoza (1501-1521)* (Zaragoza, Prensas Universitarias, 1998). Pese a su acotación cronológica, estos dos soberbios estudios contribuyen también a esclarecer el contexto de la producción escrita cesaraugustana —y, por ende, aragonesa— desde mucho antes; antes, incluso, de que el enigmático Mateo Flandro pusiese en marcha sus tórculos para tirar el *Manipulus curatorum*, primer impreso zaragozano conservado.

El monumental volumen que inició la serie da cabida a 1.457 documentos, procedentes de cinco archivos distintos, que se ordenan y numeran atendiendo al criterio cronológico. Cada ítem consta de un pormenorizado *regestum* del documento, junto con los correspondientes datos de localización y, si lo requiere su interés, la transcripción total o parcial del texto. En unas pocas ocasiones se indica, además, la presencia del documento en la añeja colección de Manuel ABIZANDA Y BROTO (*Documentos para la historia artística y literaria de Aragón procedentes del Archivo de Protocolos de Zaragoza*, Zaragoza, La Editorial, 1915-1932, 3 vols.) o en otros repertorios de intención varia. Eran estos los primeros —y casi únicos por cuanto se refiere a la etapa que Pedraza estudia— aportes documentales con que hasta 1993 contaban los especialistas: muy escasos mimbres, según comprobará quien los hojee, para abordar con un mínimo de rigor la historia del libro y la lectura en Zaragoza. Tarea que, por cierto, no tiene un ápice de localista, al menos en el sentido despectivo que el

sufijo acarrea de ordinario; como no lo tienen los trabajos que, para el ámbito de distintas ciudades catalanas, coordina Ricardo García Cárcel, un referente que, en virtud del volumen de información manejada y del tipo de análisis a que ha dado lugar, creemos equiparable al que ahora nos ocupa. En todo caso, los más recelosos frente al alcance geográfico del libro habrán de tener en cuenta un par de hechos que Pedraza señala en su bien documentada introducción: en primer lugar, que «la relación existente entre los habitantes de la ciudad donde radica la imprenta y el número de impresos producidos en ella sitúa a Zaragoza en un puesto muy alto dentro de las ciudades con imprenta de la corona [de Aragón] y la Península» (p. 13a); en segundo, que la producción del taller zaragozano de Jorge Coci, celebrada allende las fronteras aragonesas por su excepcional esmero tipográfico, fue además tan copiosa que en todo el territorio peninsular solo superaron los rendimientos de este industrioso impresor y librero la oficina sevillana de Cromberger y el conjunto de talleres que Arnaldo de Brocar abrió en diversas ciudades (p. 14a).

Historiador por vocación y formación, bibliotecario en ejercicio durante muchos años y profesor de la Universidad de Zaragoza desde 1990, todas esas facetas se perciben en el quehacer de Manuel José Pedraza, quien antes de publicar este amplísimo catálogo documental nos había sorprendido con *La imprenta de Gabriel de Híjar (Zaragoza, 1576)* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991), un estudio modélico en su terreno, al margen de otros empeños de dimensión menor entre los que cabe destacar «Un efímero zaragozano de 1527. Adscripción al taller de Jorge Coci» (*Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, XXIV [1986], pp. 133-139). Eran éstos trabajos de corte positivista que ya acreditaban las particulares dotes de su autor para el estudio de todos los fenómenos relacionados con el libro antiguo. Dotes entre las cuales la paciencia y el orden ocupan un lugar de privilegio, según confirma la lectura de las cuatrocientas páginas largas que el profesor Pedraza ha dedicado a presentar esta notabilísima colección documental relativa al trajín que los libros generaron en la Zaragoza quinientista a lo largo —no conviene olvidarlo— de apenas cuatro lustros.

El volumen se completa con una introducción concisa pero muy enjundiosa (pp. 9-31) y con una serie de índices que, lejos de servir como mero complemento, constituyen parte sustancial del trabajo, por cuanto permiten explotar e interpretar los riquísimos veneros informativos que la documentación ofrece —y es natural— en bruto. En particular el anonadante «Índice de obras citadas identificadas» (pp. 317-357), fruto de un esfuerzo que sabrán calibrar quienes en alguna ocasión se hayan enfrentado a este tipo de fuentes. Junto a él, y como encomiable testimonio de honestidad intelectual, un «Índice de obras citadas no identificadas» (pp. 359-362), cuyo número palidece si se compara con el de las que Pedraza ha sido capaz de desvelar. Otros instrumentos de este mismo cariz ocupan las pp. 363-406, mientras que la introducción ya aludida («Zaragoza y el libro en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna», pp. 9-31) traza el siempre oportuno estado de cosas, careando la situación de la imprenta cesaraugustana del siglo XV y las primeras déca-

das del XVI con la situación general de las prensas hispanas en idéntico período, a partir, sobre todo, de los minuciosos registros de F. J. NORTON (*Printing in Spain. 1501-1520. With a Note on the Early Editions of the «Celestina»*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966, y *A Descriptive Catalogue of Printing in Spain and Portugal. 1501-1520*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978). En las mismas páginas, Manuel José Pedraza adelanta conclusiones que el interesado podrá evacuar con más detalle en los dos libros posteriores de esta misma serie. El autor ha tenido presentes —véanse, si no, las muy nutridas notas que jalonan el texto— cuantos trabajos de cierta importancia habían aparecido hasta 1992. Tan es así que incluso se echa en falta mayor espíritu selectivo algunas veces. Por ejemplo, en la extensa nota 3 de p. 9, más útil para el lector si se le hubiera remitido a un número menor de entradas, acompañándolas de algún escolio crítico.

Solo con mucha paciencia y mucho orden pueden llevarse a buen puerto empeños de tal calibre, que en última instancia son los únicos que brindan respaldo firme a las disquisiciones hermenéuticas. Por todos los motivos expuestos conviene terminar destacando el acierto del Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa al asumir el riesgo que, en más de un sentido, supone publicar íntegramente un *corpus* como el que rubrica Manuel José Pedraza Gracia.